<p style="text-align: center;">AVISO</p> <p>Por no disponer de los correspondientes originales informáticos, la maquetación de este artículo difiere de la del publicado en papel. Por lo demás, los contenidos no han sufrido ninguna alteración.</p>
<p>Artículo publicado en el fascículo 2º del tomo LXV (1997) de EMERITA, pp. 303-307</p>
<p style="text-align: center;">Autor: Emilio Zaina</p>

CATULO 44, 50 Y 51: EL CUERPO ATRAVESADO POR LA LITERATURA

The aim of this paper is to explain the decisive importance that has the presence of the literature in those poems in which the physiologic functions of Catullus's body show alterations.

Que los cuerpos de enemigos, rivales, personajes circunstanciales o seres amados aparecen representados con un subrayado realismo que el poeta controla ostensiblemente, no escapa a ningún lector atento de los poemas del veronés¹. La representación del cuerpo del propio Catulo no permanece ajena a este modo de descripción dominado por la intensidad e incluso por la desmesura de los trazos y lo peculiar es que, en este caso, se trata de un efecto exclusivamente buscado cuando su cuerpo aparece vinculado con la literatura.

Son numerosas las veces en que el poeta concede a las palabras el poder de afectar el cuerpo de los hombres. Esta es la eficacia que, entre otros ejemplos, Catulo da a los versos escritos por Cecilio en el poema 35, a los trescientos endecasílabos con que amenaza a Asinio en c. 12.10 o al librito escrito por malos poetas que Calvo le ha enviado, según consta en c. 14.12-15². La relación entre el poder de un texto literario y su repercusión sobre el cuerpo alcanza su despliegue más explícito cuando el afectado es el continente corporal, particularmente sensible, del propio Catulo.

En el poema 44 Catulo quiere cenar en lo de Sestio, pero ser comensal en su banquete exige una condición: leer el discurso lleno de veneno y pestilencia elaborado por el anfitrión en contra de la candidatura de Antio. La ambigüedad recorre al poema, un hecho advertido por los especialistas que dedicaron sus esfuerzos a demostrar que hay indicios suficientes para afirmar que

¹ Creo haber demostrado esto en «La descripción del cuerpo de Lesbia», *Faventia* 17.1, 1995, pp. 19-25.

² A esto llama Helena Dettmer *What literature can do to you*, en la p. 373 de su artículo «Design in the Catullan Corpus: A Preliminary Study», *CW* 81.5, 1995, pp. 371-381.

estamos ante la parodia de una plegaria³. Sin embargo, la misma ambigüedad, desplegada para poner en funcionamiento el mecanismo de la comicidad, alcanza otras regiones de la pieza. La interpretación más corriente es la que considera que Catulo, deseoso de asistir a la cena dada por Sestio, lee el discurso elaborado en contra de la candidatura de Antio y que el texto lleno de veneno y pestilencia lo engripa, porque de él emana el *frigus* atribuido al estilo recargado, pomposo y preciosista del asianismo. Finalmente, el enfermo recupera la salud en su villa sabina-tiburtina gracias al reposo y al té de ortiga⁴.

La intención de Catulo era la de comer en un banquete los manjares preparados por Sestio, que escribía malos discursos pero daba buenas comidas⁵, pero lo que en verdad hace es leer un escrito preparado por el mismo Sestio para ser expuesto en el foro. En sustitución de la ingesta en el ambiente del banquete, Catulo ingiere, metafóricamente, el discurso lleno de veneno y pestilencia dirigido contra Antio. La zona afectada no será el estómago – inconveniente para desarrollar el tópico del *frigus* – sino las vías respiratorias y en consecuencia no habrá indigestión sino gripe. Esta vinculación entre comida y literatura, entre la elaboración de un texto literario y la preparación de un plato de cocina, ya había sido advertida por Robinson Ellis que dedica un largo párrafo, a relativizar – no a desmentir – su primitiva interpretación de la edición de 1867: *This seems more likely than the view which I followed in ed. I, that Catullus both read the speech and was present at the dinner; and that the cold and cough which he ascribes to Sestius' frigid style were really the effect of his choice cookery*⁶. Sin dudas, Ellis intuyó aquí la subyacente proximidad entre los dos procesos, una vinculación que ya antes había sido señalada por Platón⁷, que una y otra vez encontramos en Petro-

³ C.P. Jones, «Parody in Catullus 44», *Hermes* 69, 1968, pp. 379-383.

⁴ Desde los versos iniciales se pone de manifiesto el modo en que las palabras afectan a Catulo. Para ello el poeta utiliza una controversia acerca de la denominación de la región en la que cura su gripe.

⁵ C. J. Fordyce, *Catullus: A Commentary*, Oxford, 1961 señala: ... *Sestius, who writes bad speeches but gives good dinners* ... (p. 197).

⁶ R. Ellis, *A Commentary on Catullus*, Oxford, 1889², p. 153.

⁷ Platon, *Gorg.* 462 b.

nio⁸ y que en pleno siglo XX retorna de la mano de R. Barthes⁹. No una comida sino el texto que la sustituye afecta a Catulo, quien percibe el helado estilo, la pestilencia y el veneno del discurso: el cuerpo se enferma porque funciona como un sensible juez literario¹⁰ que arbitra en la controversia sostenida entre aticistas y asianistas.

Si un discurso del que brota una corriente gélida engripa a Catulo, otros escritos le producen el efecto contrario. Esto es lo que ocurre en el poema 50, durante uno de los pocos momentos en que el poeta muestra la intimidad de su escritura, en que el juego de la poesía se hace visible al lector del s. XX: así como vemos que el poeta necesita la biblioteca en donde encontrar los textos antiguos imprescindibles para componer un poema erudito¹¹, también lo vemos escribir desasido del peso monumental de la literatura pasada: pura técnica, puro juego, puro goce de la improvisación: hay vino, un amigo inteligente, sensible, querido, poeta; todo esto repercute en Catulo, pero lo verdaderamente decisivo es el hecho de la improvisación literaria que ha sostenido con Licinio Calvo, un hecho que el poeta destaca por medio de la reiteración de verbos que indican el proceso de la escritura (y lectura) de versos improvisados: *lusimus, scribens, ludebat, reddens*. La jornada llega a su fin y Catulo no sale indemne del lugar, una vez más su cuerpo reacciona al punto de no poder dormir, comer ni escribir. La gripe producida por el *frigus* está en el extremo opuesto de la fiebre que le han provocado, entre otras cosas, los poemitas de Calvo. No es Licinio Calvo a secas, sino Licinio Calvo improvisador de versos quien conmueve a Catulo. Una vez más la literatura descompone el mecanismo de las funciones fisiológicas. Charles Segal, prosiguiendo la línea de análisis formulada por Krol, Pucci, Lavency y Quinn, señala: *The amatory language reveals a man who feels his literary experience as something sensual*¹², esta justa apreciación podría reformularse del siguiente modo: el poema 50 nos revela que la experiencia literaria – los poemas intercambiados con Calvo – afecta el cuerpo de Catulo de igual modo

⁸ Por ejemplo en Satiricón XXXIX 4: *Oportet etiam inter cenandum philologiam nosse*.

⁹ R. Barthes, *El susurro del lenguaje*, Barcelona, 1987, p. 299.

¹⁰ Catulo aprovecha para proferir una de sus críticas literarias, tal como sucede en otros poemas. Cfr. Vinzenz Buchheit, «Catullus Dichterkritik in c. 36», *Hermes* 87.3, 1959, pp. 309-327.

¹¹ Cfr. Cat. 68, 33-34.

¹² Charles Segal, «Catullan otiosi: the lover and the poets», *G & R* 17, 1970, pp. 25-31.

que si se tratara de una enfermedad con el poder de enfebreecer a su víctima.

En el poema 44 la lectura de un texto ajeno, cuyo estilo resulta intolerable, descompone el cuerpo de Catulo. El discurso en contra de Antio reemplaza los manjares de una cena y su estilo, su elaboración, la desproporción de sus ingredientes repercuten sobre un cuerpo hipersensible al que le basta con aspirar los tóxicos efluvios que de él emanan para caer enfermo. La mala literatura coloca al cuerpo en el centro de la escena al extremo de reemplazar los procesos racionales que naturalmente debieran emitir juicios literarios. En el poema 50, luego de un encuentro con Licinio Calvo, el poeta padece, una vez más en su cuerpo, las consecuencias que le acarrearán los versos improvisados que intercambia con su amigo. Esta vez la literatura es tan sutil, graciosa y refinada que el cuerpo de Catulo retorna a su condición de juez involuntario y ganado por la excitación no puede comer ni dormir y debe esperar a que esta lo abandone para poder abocarse a la tarea de construir un poema destinado a Calvo. En verdad, el juego magistral de la representación del cuerpo que padece ha sido jugado, tal como lo ejerce Catulo, *in ... tabellis* ajenas, en el fr. 31LP de Safo. Es el imaginario de este poema de la literatura griega el modelo para representar los padecimientos del cuerpo, un tablero que el poeta latino retoma para repetir, con nuevas piezas, una partida jugada varios siglos antes. Más allá de la novedad relativa que aporta Catulo, de los añadidos al poema de Safo¹³, del dosaje entre los dos poemas, existe una elección decisiva que implica no sólo colocarse en la corriente de una tradición literaria antigua sino también elegir un modo de percibir a la amada y de describir los efectos del amor. Cuando el poeta ve por primera vez a la mujer que la historia nos dice que se llamaba Clodia, reconoce en ella a aquella otra mujer que ya había contemplado en los versos de Safo, en consecuencia la llamará siempre Lesbia, el nombre adecuado a su condición de imagen literaria. También el cuerpo de Catulo reaccionará de acuerdo con este imaginario poético: la descripción de los síntomas de la pasión erótica, tal como la representa Safo, ejerce un persistente influjo sobre el poeta latino. Una vez más un texto ajeno, como aquel discurso de Sestio o los versos de Calvo, desequilibra las funciones fisiológicas, aunque ahora por medio de una finísima acrobacia de enmascaramientos: el amante Catulo y la amada Lesbia quedan presos en una red de palabras que los condiciona a cumplir

¹³ Cf. T. P. Wiseman, *Catullus and his World*, Cambridge, 1985, pp. 152-155.

papeles fijados de antemano. Todo el *affaire* entre Catulo y Lesbia se revela atravesado por el poema de Safo. El poeta encuentra allí una mujer indescriptiblemente seductora, la ominosa presencia del «otro» que se interpone entre ambos, y el amante que percibe el efecto arrasador de la pasión. Al representar el drama amoroso el poeta se vuelve mucho menos a la realidad histórica que a los versos de la poetisa griega, porque en ellos encuentra, tal como lo había señalado Aristóteles¹⁴, una verdad más universal que la que podría hallar en la historia. Al recordar las palabras del antiguo poema sáfico, que expresaba a la perfección las vicisitudes de la pasión por Lesbia¹⁵, el poeta nos enseña que es la literatura la que coloca al cuerpo del amante en el lugar del sufrimiento erótico. El discurso de Sestio y los versos de Licinio Calvo provocan gripe (o indigestión), insomnio y anorexia. La imagen de Lesbia ciega, enmudece y torna sordo a Catulo aunque, en verdad, a través de ella se adivinan los signos griegos del poema de Safo.

EMILIO ZAINA

¹⁴ Arist. *Po.* 1451 b 5-10.

¹⁵ *Par le fait même du choix, les sources s'accordent à la nature du poète*, señala H. Bardon, *Propositions sur Catulle*, Bruxelles, 1970, p. 132.